

embajada, el empleo, la mísera pitanza individual. Se oye decir: «no soy un Cristo», con sonrisa que entiende marcar viveza y desdén por los soñadores. La vida es corta. Hay que aprovecharla. En la embriaguez de la fiesta, cada cual persigue su ventaja, su ambición, su vanidad. Así avanza el navío hacia la zona de los naufragios, sin que nadie advierta la catástrofe que debe alcanzar a todos.

En aras de un enfermizo apresuramiento por vivir, se han hipotecado muchas de nuestras reservas vitales. Y acaso no está lejano el día en que los individualistas mismos tendrán que expiar sus propios pecados. Cuando las riquezas, las vanidades, las jerarquías que hoy les ofuscan se hayan convertido en humo, como todo lo que no trae valor durable—dentro de diez años, o de veinte: el tiempo corre pronto en este recodo de la historia—, se pueden encontrar envueltos, a causa de sus errores, en el conflicto más formidable que afrontó jamás pueblo alguno. Y aún admitiendo—*après moi le déluge*—que los peligros sean más remotos, nada podrá impedir que otros hombres, que serán prolongación de su carne y de su espíritu, en el momento de sentirse arrollados por la avalancha, vuelvan mañana los ojos hacia el pasado para increpar a los muertos, y maldecir a las generaciones que, sin idea de continuidad, dilapidaron el porvenir.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## Víctor Catalá y el ruralismo en la literatura catalana

**D**ENTRO de la literatura catalana se levanta con poderosa humanidad la figura femenina de Catalina Albert y Paradís, conocida mejor debido a su pseudónimo Víctor Catalá. Dejémosla decir su biografía:

¿Notas biográficas?—dice—. Que nací en La Escala, que desde muy jovencita me gusta escribir; que me formé a la buena de Dios, dejando hablar libremente al instinto, sin maestros ni apriorismos de ninguna clase (por lo que no soy ni pretendo ser más que un *amateur*); que me gusta la honrada claridad de sentimiento, concepto y expresión del pueblo, de los clásicos y de los místicos. . . . Esto es todo lo que sé de mí.

Cuando tratamos a la escritora y le preguntamos algo de su vida, también se escudó en un raro hermetismo. Prefería hablar de Guimerá y de Narciso Oller, a quien recuerda como un

compañero de calidad espiritual muy alta. Vive retirada gran parte del año, cuidando a su anciana madre, en el suave remanso del Golfo de Rosas, y tal consagración al hogar la conserva muy lejana de cenáculos, ateneos y tertulias intelectuales.

Por su formación anímica, recia y sobria, cabría adscribirla al género que produjo a Maupassant. Víctor Catalá es una realista que, en algunos de sus *Cayres Vius* (1907) y *Drames Rurals* se acerca a los límites del naturalismo tan en boga a fines del siglo pasado y comienzos del actual.

No obstante, su filiación literaria es más general y pertenece a ese grupo de escritores melancólicamente aferrados al terruño, que redimen con su fidelidad a ciertas normas esenciales y primarias todo cargo de artificialismo y exceso de composición que pudiera hacérseles.

Podría resumirse la actuación intelectual de la señorita Albert como una rebelión constante y abierta a todo *escolasticismo*—para usar un término suyo—y como una expresión sincera y tenaz de fecundidad creadora. E. Gómez de Baquero la compara a Gracia Deledda. Dice:

Las dos mujeres, las dos cultivadoras de la nota regional y la nota rural, y hasta aproximadas por cierta analogía de costumbres y de psicología entre el campesino sardo y el «payés» de la montaña catalana. Pero creo que por el dramatismo de los asuntos y la manera de verlos, por el nervio del estilo y la segura pincelada, tiene acaso más parentesco Víctor Catalá con algunos autores sicilianos como Verga y con el mismo Pirandello, en su aspecto de autor de novelas cortas, eclipsado por el ruido de la fama teatral, pero el más sólido de su personalidad literaria. Entre la literatura italiana y la catalana hay visibles analogías, como si entre estas gentes mediterráneas se hubieran establecido por el trato histórico corrientes o cambios de sensibilidad.

En todos sus recios relatos palpita un alma generosa y libre una potencia de animación extraña y una fuerza masculina que sólo se admira en hombres tan bien dotados como Joaquín Ruyra, que comparte, con honra a su lado, el cetro de la narración campesina en las letras catalanas de hoy.

Ruyra es más estilista; su visión es más ceñida y fina; pero el aliento humano de Víctor Catalá compensa esos defectos secundarios y la hace constituir una figura sólida, de una pieza, e inconfundible dentro de una época y de una cultura.

Ha conservado Víctor Catalá un punto de contacto entre la vieja generación de Apeles Mestres, Narciso Oller y Ruyra y los jóvenes valores catalanes, renovadores de la técnica y del estilo. Entre éstos dominan José Pla, biógrafo de Cambó y autor de las admirables *Relaciones* y de las fulgurantes *Cartas de lejos*, Carlos Soldevila, conocido por sus *Fulls de dietari* y

Pedro Corominas, renovado y vigoroso. También llaman la atención José María Junoy, Segarra, Puig y Ferrater, Maseras y Ferrán Soldevila.

En su manera se nota una aguda renovación durante el último tiempo, sobre todo en la intensa novela *Un film* (1919). Explica ahí su propósito diciendo:

el autor ha puesto al servicio del argumento leyendas despojadas de verbos retóricos y vanidosos, de perfiles y matices delicados, de gallardías de forma, de casticismos depurados, de juegos vistosos y cegadores de simuladores de la pluma, que la blanden como Cristo el par de pistolas de la leyenda.... No, no; a cada uno lo suyo, como lo hemos dicho en un buen principio....

Así escribe y habla Víctor Catalá. Su energía masculinizada la acompaña en todos sus actos y le imprime un encanto especial. Su aspecto femenino es intenso y vive para cosas altas y delicadas. Escribiendo se transforma, y por sus páginas se enciende la vitalidad más áspera. Todas sus obras denuncian con claridad esta inconfundible raíz «camperola» (1).

Domina en su acento una emoción sincera y un tono directo, que sólo se percibe en los escritores natos. La idea central en la producción salida de su pluma es que el arte es directo y tomado de la naturaleza y de la vida, sin complicadas afectaciones, lo que se evidencia en su trayectoria constante de realismo iluminado y vigoroso.

Comenzó la carrera literaria con un volumen de versos: *El cant dels mesos* (1901) y ha culminado con una novela de ciudad reciente: *Un film*. En todas esas obras subyuga por la rapidez y precisión, por el juego certero del estilo y las imágenes, por la composición plena y sabia, a la vez que por el don instintivo de su talento. En esta frase está dicho todo lo que puede sugerir Víctor Catalá: es una escritora del instinto, esto es, biológica. Su visión del campo y de la naturaleza es directa y rápida, y el cuerpo de sus novelas carece de toda languidez femenina y de todo artificio retorizante. Las narraciones suyas están nutridas de hechos y de objetivismo y transcurren de un modo colmado. Los diálogos de acero de los personajes y la libertad viril que se asoma en los vibrantes cuentos y novelas campesinas de Víctor Catalá nos recuerdan las mejores narraciones de Chejov, de Tomás Hardy, de Ramuz y de Bret

---

(1) Víctor Catalá nació en 1873. Sus obras principales son *El Cant dels Mesos* (1902) y *El Libre blanc* (1906). Estos libros son de versos. De novelas y cuentos tiene los siguientes: *Cayres Vius* (1907); *Sotitudo* (1905); *Drames Rurals*; *Ombrivoles*; *A Monolechs* (1901); *Carnaval*; *La Mare Balena* (1902); *Nostr'Amo* (1923); *Un film*; y *Marines*, que ha publicado recientemente la colección *Les Ales Esteses*.

Harte. Como todos esos maestros, en su manera de ver la literatura no hay nada de hueco ni de redundante, ni tampoco ningún aspecto superfluo.

Para comprender mejor a esta incisiva narradora, conviene conocer algunas de las opiniones que informan su sencillo credo estético, expuesto en la serie de relatos que tituló *Cayres Vius*. Para ella, el mérito de una creación intelectual se halla en relación directa con la sinceridad.

La força vital estriba, donchs, en l'impuls antiescolastich, antilimitador; en l'esclat centrífuch que romp les lligadures externes, en la picada hardida del poll contra la closca que l'empresona.

El geni-poder creador per excelencia y principi revolucionari per excelencia també-may pertani als dócils caps de remada, sinó als pastors que s'imposen a n'ella.

Es sempre iconoclasta y ultradogmatisch; trenca tots els motlles, capgira totes les teoríes e imposa noves lleys, potser tan ilògiques y perniciosos com les que vulnera, pero noves a la fi, es dir, desestancadores, contraries a la inmovilitat, signe de mort (1).

La actitud vital de Víctor Catalá ha sido un complemento honrado y digno de su ideología estética. Ha sabido aiejarse de toda emulación y vivir consagrada plenamente a su arte incisivo, viril y potente. Desde el claustro de sus meditaciones han ido surgiendo diversas novelas, recias y palpitantes de símbolos, en que vemos un retrato fiel y justo de las pasiones populares catalanas, del hondo realismo campesino, de los dramas rurales intensos y de esas fuerzas primitivas que aún laten en las almas hoscas de los montañeses del Ampurdán. *Cayres Vius*, *Drames Rurals* y *Solitud* son tres etapas eximias de este arte tan plástico, férreo y de una sola trama.

Tal es Víctor Catalá: un alma de una pieza, que refleja durezas diamantinas y, en ocasiones, muestra ternuras y emociones de una delicadeza soberbia y de una suavidad dulcemente cristiana.

Anota Manuel de Montoliú en la página 116 de los *Estudios de literatura catalana*.

Tant la nostra burguesía com el nostre poble, y en general tot la nostra societat, s'han distinguit sempre per un sentiment d'atracció molt franca envers la nostra vida rural: es un complement indispensable de la nostra vida doméstica.

Eso puede aplicarse al ruralismo de Víctor Catalá. Su carácter, ceñido de sincero realismo, ha preferido la inquebran-

(1) *Portich* de *Cayres Vius*.

table simplicidad primitiva del campo, la visión enérgica de un mundo simple y basto, a la observación de la burquesía refinada y del mundo ciudadano. En *Un film* vive la nota ciudadana; pero el campo es, por encima de todo, la cuerda de mayor vibración de tan hermoso temperamento femenino, en el que el sexo no ha escatimado la virilidad ni ha sabido esconderle los secretos ardientes de la vida. Víctor Catalá significa un aspecto rico de las letras catalanas de hoy, a la vez que un caso único en la intelectualidad ibérica.

La sensibilidad actual de Cataluña ha ganado mucho en el terreno literario y en el campo novelístico; pero, sin duda, aún permanece en pie la superioridad creadora del maestro Narciso Oller y de Víctor Catalá. La existencia emocional de ese momento tan culminante de la nación catalana tuvo en ellos a un par de soberbios intérpretes, poseedores de una riqueza sensitiva admirable.

Víctor Catalá es el triunfo aislado de una voluntad, de un carácter masculinizado, que no desconoce, empero, la ternura más exquisita y el don cordial del sentimiento. Vibra en todos sus cantos poéticos y en sus novelas un soplo primitivo y generoso, casi épico. Es la fuerza dormida de la tierra que se levanta y toma un lugar en esas creaciones saturadas de humanidad. Los grandes reflejadores de almas buscan esa emoción en la tierra fecunda y generosa. Ahí están esos admirables maestros que fueron Bret Harte y Maupassant. En nuestros días admiramos el caso de Ladislao Reymont y de Tomás Hardy.

Víctor Catalá representa, pues, la emoción primordial, que sube desde el ser humilde hasta adoptar una categoría superior de arte. Sentimos no dedicar a su obra un análisis detenido, que saque a flor lo mucho de original que palpita en sus páginas caldeadas de sentido social, de amor a los humildes y de sinceridad artística.

Baste decir, por ahora, que en fuerza, en justeza, en precisión, en concisa abundancia y en vigor acerado, no puede equipararse su obra a la de ningún novelista de su género. La secundan en esa literatura tan interesante los temperamentos gemelos y abundosos que se llaman Prudencio Bertrana y Joaquín Ruyra. Juntos significan una trilogía de rara calidad en que el acento local cobra un sentido universal y humano que les equipara a los maestros de la creación pura (1).—R I C A R D O A. L A T C H A M.

---

(1) Sobre Víctor Catalá existe un bellissimo estudio de Miguel de los Santos Oliver en el Tomo IV de sus *Obras Catalanas. Mestres y Amichs*, página 68.